F1391
.P9
H5

FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

Mi impresión y mi opinión

Acabo de leer un puñado de cuartillas mecanografiadas que me entregó Ignacio Herrerías, diciéndome: "Aquí tiene usted el original de «Los sangrientos sucesos de Puebla,» que voy á lanzar á la publicidad; usted lo sabe, fuí testigo presencial de ellos, y por eso consagré toda mi voluntad al relato que hago en estas páginas, para las cuales solicito de usted un prólogo."

Leí, volví á leer y releí el interesante relato, llano y sencillo como de repórter, pero intenso, intensísimo, como de Herrerías, joven de temperamento nervioso, de imaginación exaltada y de poderosas energías intelectuales.

Efectivamente, mi compañero de labores fué testigo presencial de los sangrientos sucesos historiados en este libro; reporteaba para unó de los diarios metropolitanos, é incidentalmente se hallaba en la capital angelopolitana por asuntos profesionales, cuando ocurrió la tragedia.

No olvido todavía la violencia del sacudimiento nervioso que en mí produjo la lectura de las correspondencias telegráficas que Herrerías envió á su periódico. Vibrantes eran los relatos, y recuerdo que produjeron impresión profundísima en el ánimo del público.

Así tenía que ser, porque las correspondencias tenían mayor interés que cualquiera de las otras publicadas en esa época; como que fueron escritas en el mismo escenario de los acontecimientos; las cuartillas que enviaba el repórter á la oficina telegráfica, transmitiendo la información, llevaban salpicaduras de sangre humana fresca, la de las víctimas del drama.

La reconstrucción del sangriento drama, hecha por Herrerías para el libro en cuyo frontis irán estas líneas de impresión, tiene mayor interés, seguramente, que las correspondencias escritas por él á raiz de los sucesos.

Es una serie de cuadros de vida intensa, en cada uno de los cuales vibra un haz de nervios del autor. En fondo obscuro, casi negro, donde el astro de la paz ha sido eclipsado por la sombra de Caín, se destacaron rojas manchas de sangre, la de los hermanos, la de los hijos de la misma pa-

tria, que se asesinan los unos á los otros; y como figura de primer término aparece la sombría de Aquiles Serdán, el indómito neurasténico, cuyo valor temerario hubiera sido digno de causa más razonable.

Cerca de Aquiles se destaca, en este libro, una figura vigorosa de mujer, la hermana del rebelde, rebelde también ella como él, y varonil como las espartanas, pero de extraviado criterio. Carmen Serdán habría sido, seguramente, en otro medio y en distintas circunstancias, una Josefa Ortíz de Domínguez ó una Leona Vicario.

El libro de mi compañero de labores reporteriles debe ser leído, para poder sentirlo, para vivir con él la vida de su relato rojo. Es un libro de intensidad nerviosa y no podría transmitirse al lector en las líneas de un breve prólogo, la impresión que produce la lectura de estas páginas ensangrentadas, en las que Caín agita su robusto brazo, cuya crispada mano oprime el arma fratricida.....

.....

.....

....Vuelve esta página, lector, y que el relato sacuda tus nervios con sus escenas de tragedia Sheakesperiana.

El libro de Herrerías viene á ser el prólogo documentado de la historia trágica que en el futuro se escriba, acerca de la guerra civil que tiene por escenario las abruptas montañas del Norte.

MEDARDO FERNANDEZ

México, Febrero de 1911.

La Semilla.

Allá, por los meses de Mayo ó Junio del año pasado, se supo en Puebla, con toda anticipación, que el leader antireeleccionista D. Francisco I. Madero visitaría la angélica ciudad, predicando su doctrina; y fué mucho, porqué no decirlo, el entusiasmo que tal anuncio despertó, especialmente entre el pueblo.

El Estado tiene numerosas fábricas, y por lo tanto, crecido número de obreros; y fué entre ellos donde la noticia causó más efecto. Conocer á Madero, verlo de cerca, ser elogiados por él, escuchar su palabra, eran, para aquellos modestos é incansables trabajadores, algo raro, algo como una dicha de que solo disfrutarían los elegidos, y ellos lo eran.

«Sufragio libre,» «Democracia,» «No reelección» eran frases ó palabras que apenas empezaban á comprender, y Madero iba á explicárselas. Además, «hablaría contra el gobierno,» era un hombre «de muchos calzones; «tenía valor para enfrentarse con Don Porfirio».

Aquiles Serdán, afiliado ya al partido Antirreeleccionista, no descansaba un momento en su propaganda, convidando á cuanto amigo tenía, invitando á los obreros en grupos, circulando profusamente avisos de mano y ejemplares de periódicos de su partido, en los cuales se participaba la grata nueva de la visita de Madero.

Y Puebla habia sido cuna de la reelección, puesto que se fundaron nada menos que seiscientos Clubs, en todos sus distritos, para postular á los Señores Díaz y Corral para la Presidencia y Vice-presidencia, respectivamente.

El General D. Mucio Martínez, es seguro, no pensó en los resultados de la propaganda maderista, no abrigó temores; se confió en su mano férrea, en su energía y en su fuerza para reprimir cualquier mitote, y quiso, por otra parte, dejar á los maderistas ejercitar un derecho que

la Constitución les otorgaba. Por eso Madero y los suyos no fueron molestados.

De la estación de ferrocarril, situada en las goteras de la ciudad, al Hotel del Jardín, que se halla en el centro, cerca de la Catedral, atravesó Madero, seguido de los principales antireeleccionistas, por entre una compacta multitud que, ébria de entusiasmo, le aplaudía sin cesar, le vitoreaba como á un héroe.

Grupo de Don Francisco I. Madero y sus correligionarios poblanos.—A la derecha de Madero, Aquiles Serdán.

El Jefe Político D. Joaquín Pita, hombre culto y de recto criterio, aleccionó perfectamente á la policía para que, en caso dado, obrara con toda calma, con toda mesura; y él personalmente, desoyendo los consejos y amenazas para que no fuera, pues «iban á matarlo,» ocurrió á la estación y siguió el cortejo hasta el hotel donde se hospedó Madero.

Arremolinóse la multitud frente al hotel, hubo gritos, imprecaciones, quejas, ayes de dolor; no faltaron lesionados: todo por acercarse más á los muros del edificio.

Madero apareció en uno de los balcones y habló, habló largo y tendido, con energía, con valor, sin miedo. Los aplausos le interrumpieron varias veces. El pueblo comenzó á comprender.

Fué el de Madero, en aquél entonces, un paseo triunfal por la ciudad de Puebla, y debe haber marchado muy satisfecho de su obra.

La simiente estaba echada en el surco. Había que regarla, que cuidarla para que fructificara.

Para eso estaba Serdán.

Desde entonces, desapareció la tranquilldad en Puebla. Así, ya se sabía que el Gobierno trataba de imponer á sus candidatos, y que estos nada nuevo harían en provecho del pueblo.

En cambio, Madero presentaba un programa sugestivo, interesante, lleno de buenas ideas, de nobles promesas: habría justicia completa; la Constitución no sería reformada por ningún concepto; los jornales á los obreros aumentarían.....

—¡No reelección! ¡Sufragio libre!—se escuchaba.

—Debemos elegir á Madero!

—¿Le has oído hablar?—se preguntaba en voz baja.

—Si; estuvo valiente! ¿Qué dirá Don Mucio?

—Lo que es con este si no se mete—agregaba un tercero.

En un pueblecito llamado San Felipe, cuatro mujeres, cuchillo en mano, obligaron á una pareja de enamorados á tomar un vaso de pulque y á gritar ¡viva Madero!

Calmados sus ímpetus, el enamorado, de cierta manera, las interrogó:

—Y ¿quién es Madero?

—¿Madero? Pues.....Madero, ja, ja, ja.....contestó una de las ébrias echándose á reir.

Naturalmente, no sabían quién era Madero. Sólo habían oído vitorearlo.

—Tu ¿qué eres—interrogaba uno, como diciendo: «qué nacionalidad tienes»—y respondíanle, quedo:

—¿Yo? maderista.

Siempre es grato hablar contra el Gobierno aunque nada nos haya hecho, por eso se acogía con entusiasmo cuanto se escuchaba en ese sentido.

Entre los estudiantes, hubo una crisis notable. Los más aplicados dejaron á un lado los libros para entregarse á la lectura de artículos contra la reelección y sobre la democracia. Hubo reuniones en las cuales se pronunciaron discursos valientísimos. Jóvenes de quince años que gus-

tosos se hubieran lanzado á la pelea en aquellos momentos de entusiasmo.

La juventud que piensa no podía permanecer callada ante el despertar de un pueblo!

Fué necesario, según supe, que muchos de ellos, pensionados por el Gobierno, fueran expulsados.

Esta medida aumentó la indignación de muchos exaltados, pero fué elogiada por otros.

Yo, relato lo que llegó á mis oídos ó lo que ví. No me inclino ni á uno ni á otro lado.

Cateos Preliminares.

Un hombre de pelo y bigote entrecano, de color moreno, facciones recias, mirada dura, penetrante; con ancho sombrero de charro, de color negro; chaqueta y pantalón ajustados, pistola en el cinto y ademán resuelto, se detiene en la puerta de la casa que en la calle de Santa Clara tiene el conocido maderista Aquiles Serdán y se vuelve rápidamente para hablar con cuatro hombres que le siguen.

Uno de ellos es oficial de endarmes; otro lleva el uniforme de gendarme, y dos de paisanos. Estos son policías secretos.

El hombre vestido de charro es el Coronel D. Miguel Cabrera, jefe de la policía de Puebla, muy conocido en México por haber tomado parte en el linchamiento de Arnulfo Arroyo, siendo segundo jefe de las comisiones de Seguridad.

Odiado generalmente en Puebla, pasa, sin embargo, lleno de orgullo, por entre las multitudes. No teme á una puñalada artera ni á una bala disparada por hábil tirador; está acostumbrado á tratar con criminales, á aprehenderlos, atormentarlos, según se murmura; y sabe que entre el pueblo difícilmente habrá uno que sea tan cobarde de matarlo por la espalda.

Frente á frente.... ..¡Ah! El que se atreva á atacarlo frente á frente, morirá!

Habla con sus hombres, repito, y todos cinco penetran á la casa, cerrando cuidadosamente el zaguán como para que no vaya á acercarse y ver algo un indiscreto.

Una vecina curiosa, que demuestra estar enterada de lo que se trata, dice á otra, en la puerta de una dulcería cercana:

—Vienen á catear la casa de Don Aquiles.

—Pero ¿está él ahí?

—Dicen que fué á hablar con Madero para lo del gobierno, pero que ya regresó.

—¡Pobrecito! Ahora lo van á «apresar.» Yo á la que siento es á la mujer y á los niños. ¡Figúrese usted lo que sufrirán con estas cosas!

En efecto, la policía iba á la casa de Serdán para practicar un cateo.....y para buscarlo.

Ya entonces se sabía que algo misterioso preparaba; que era él quien hacía circular entre las clases obreras algunas hojas impresas que no eran ciertamente para tranquilizar á las autoridades; y ademas, se tenía noticia de que había ido á conferenciar con Madero y á recibir órdenes para continuar, con tezón, la propaganda antireeleccionista.

Estaba acusado, también, y la policía necesitaba echarle el guante, aprehenderlo, cortarle las alas, en una palabra, ya que su obra se consideraba como perturbadora de la tranquilidad pública.

Pascual Mendoza, el jefe de los gremios obreros de Puebla, protestaba que estos no se ocupaban en política, que no había peligro de que leyeran

Casa de Serdán,

las proclamas de Serdán, y á decir verdad, más tarde se comprobó que los obreros tienen más cariño por el taller y por el hogar, al lado de sus familias, con el amor de sus madres y de sus hijos, que simpatía por la revolución.

Aquella vez, á la que me vengo refiriendo, la policía no escontró nada en la casa de Aquiles Serdán, excepción hecha de algunos documentos sobre los antireeleccionistas.....y una oposición tenaz y brava, de par-

te de la esposa de Aquiles, para permitir que los policías entraran en sus habitaciones.

Hubo un momento en que la señora, de pie frente á la puerta de su recámara, con los brazos abiertos, pálida de ira, gritó á Cabrera señalando su pieza:

—¡Aquí está Aquiles; entre Usted si se atreve!

Y se asegura que Cabrera, aparentando sonreir, no hizo caso de tal indicación y salió de la casa, seguido de sus subalternos.

¿Serdán estaba allí, armado, resuelto á matar ó morir antes que dejarse aprehender?

Nadie lo sabe, pero mucha gente asegura que sí.

En otra ocasión, Cabrera, acompañado del Mayor de la Gendarmería Fregoso, que más tarde iba á desempeñar un papel importante en la tragedia de Puebla, y de otros policías, cateó cuidadosamente la casa de Serdán sin hallar nada, y furioso por el chasco, cuando llegó cerca de la esposa de Aquiles le dió brutal empellón, profiriendo una frase dura.

Y se cuenta que en ese mismo cateo, Fregoso, al salir, después del incidente que acabo de relatar, vió á un hijito de Serdán y lo levantó en brazos, haciéndole muchas caricias. Dícese que Serdán, oculto, había presenciado las dos escenas, y que guardó profundo rencor para Cabrera, agradecimiento eterno para Fregoso.

Mas adelante se verá el resultado de estos dos sentimientos, cuando trate de la muerte de Cabrera.

Yo no puedo asegurar, ni nadie lo haría, que el Mayor Fregoso haya acariciado al hijo de Serdán con una idea preconcebida, como se ha dicho después; pero más le valiera al referido jefe esto que no la versión circulada en voz baja y esbozada en diversos periódicos, de que su salvación fué debida á complicidad con los autores de la asonada.

La conducta del Mayor Fregoso, hasta ahora, está en tela de juicio: y es extraño que no haya tratado de vindicarse, como es extraño que haciéndose sospechoso hasta á los altos empleados del gobierno, no se haya procedido contra él; no se abra un proceso que lo exhiba: ó limpio de toda culpa ó responsable de un delito ó de una cobardía.

A pesar de los cateos tan frecuentes; no obstante que las miradas de la policía estaban fijas en su casa de Santa Clara, Serdán hizo de ella el centro de operaciones, el arsenal del cuerpo revolucionario, el depósito de dinamita que lo mismo podía servir para adueñarse de Puebla por el pánico, demoliendo edificios y segando vidas, que volando, en pedazos, á su madre, su hermana, á su esposa y á sus hijos.

Estos últimos, victimas inocentes de las ideas del jefe de la familia, debían de escapar con vida para llorar su desgracia.

Por qué fuí testigo.

Es un repórter quien escribe este libro y, según dijo la prensa, fué testigo presencial de los acontecimientos que relata. Debe pues, el lector, saber porqué el repórter se hallaba en Puebla cuando estalló la revuelta, pués no es creible que adivinara, con anticipación, lo que iba á ocurrir.

Testigo fué del drama y, modestia aparte, desempeñó un papel importante. Es él quien habla al lector en todas las páginas de este pequeño libro.

Hallábame en el Balneario «El Riego,» de Tehuacán, un mes hacía, buscando alivio á una anemia cerebral que estuvo á punto de costarme la vida, pero de la que sané en aquel hermoso sitio, cuando llegó á curarse, de una enfermedad parecida, el señor Vice-presidente de la República D. Ramón Corral, tan discutido, sin conocerlo; tan malquisto en aquel entonces, sin saber quien era, porque estoy seguro, pocas, muy pocas personas saben cuales son los méritos y cuales los defectos del referido hombre público.

Estando allí el señor Corral, no debe extrañarse que se supiera mucho de lo notable que ocurría en la República, toda vez que, aparte de la correspondencia y los mensajes, llegaban á visitarlo, con frecuencia, personajes de la administración; hombres de reconocido valer y cuyas aseveraciones estaban por encima de toda duda.

Por eso, cuando el Gobernador de Puebla General D. Mucio Martínez llegó á «El Riego,» sin previo aviso, como cualquier hijo de vecino, en tren ordinario, me enteré de que algo grave ocurría, máxime cuando ya en México había sido descubierto el plan revolucionario que encabezaba Cosió Rovelo, hoy preso en la Penitenciaría del Distrito Federal.

Era el 17 de Noviembre, víspera del sangriento drama.

El señor Frank Mont, uno de los propietarios de «El Riego,» condujo al General Martínez hasta el chalet en que se hospedaba el Vice-presidente y los dejó conferenciando, participándome la nueva, pues sabía cuanto me interesaba la cuestión política.

A eso de las doce del día salió el General Martínez y se detuvo á saludarme en la calzada que conduce al hotel, donde le presenté á mi colega el periodista y Lic. Don Gregorio Ponce de León, que había ido á visitarme en esos días.

Todos tres hablamos de asuntos indiferentes, pero más tarde, cuando quedamos solos, el Señor Gobernador me dispensó la confianza de hablarme sobre algo de lo que preparaba para el día veinte, asegurándome que no tenía temores de que ocurriera un disturbio en Puebla, pero que, sin embargo, regresába violentamente para tomar precauciones, ya que hasta el centro habian llegado las noticias de que iba á estallar la revolución en Puebla

Yo decidí acompañarlo. Mi curiosidad, desde ese momento, fué grande. Ver una revolución, estar entre balas, morir quizás.... Me seducía. Hablamos con calor:

—No hay cabezas—me decía—no tienen quien los dirija y por lo tanto, ningún temor debemos abrigar.

—Pero, ¿y los obreros? ¿no cree usted que los obreros sean un elemento formidable, en caso dado?

—Pudieran ser, pero no se mezclan en estos escándalos.

—¿No cree usted que laboren en la mayor reserva?

—No, no lo creo.

—¿Y en los Distritos? ¿No habrá gente armada y dispuesta á levantarse?

—En ninguna parte. Acabo de recorrer personalmente una gran extensión de la sierra y todo está en calma. No se levanta una sola voz en contra de las autoridades.

—Pues entonces ¿porqué vá usted á tomar precauciones?

—Porque se ha dado aviso de que vá á registrarse una revuelta y siempre es bueno prevenirse.

—¿Y tiene usted elementos para ello, general?

—Pocos, pero los tengo. El Batallón Zaragoza, algunos rurales, un regimiento. Y tengo, además, á los zacapoaxtlas, agregó con orgullo. Estos cuidarán la Penitenciaria para que el Zaragoza no esté mermado.

—Luego tiene usted confianza en la tropa del Batallón Zaragoza?

—¿Porqué no?

—Como son reclutados entre gente mala, son forzados.....

—Amigo, agregó sonriente: antes, cuando había verdaderas revoluciones «echábamos leva de pelados» les poníamos el chaco y por la tarde, ya de soldados, salían ellos á «echar leva» y tenían orgullo mientras más contingente lograban.

—¿Quien es el mas caracterizado de los maderistas en Puebla? pregunté.

—Ninguno; el más peligroso es Aquiles Serdán, que parece ha regresado.

—¿Es muy valiente?

—Es un desequilibrado—me respondió.

Sobre el mismo tema seguímos conversando en su gabinete de Pullman, hasta llegar á Puebla, no sin que antes me dijera en tono sentencioso:

— Y voy á dar orden de que se proceda con energía. Estos asuntos

El autor hablando con el Gobernador
el día de los sucesos.

hay que reprimirlos con mano de hierro porque dejarlos impunes sería la ruína completa de la República.

En la Estación esperaban al General su hijo D. Carlos Martínez Peregrina, el jefe Político D. Joaquín Pita y el Coronel Cabrera.

Los dos últimos, después de saludarlo, me abrazaron efusivamente, pues me habían visto marchar á «El Riego» en condiciones pésimas de salud y no creyeron volver á verme. Además, me vieron llegar con el Ejecutivo departiendo con toda confianza, y esto es de tomarse en cuenta.

El Gobernador, su hijo y el señor Pita, subieron á un carruaje de aquel y yo al del Coronel Cabrera con este y con el Ayudante del Político Jacobo Galina.

—¡Conque tiene usted revuelta, Coronel? empecé á preguntar.

—Así se dice, veremos.

—Y ¿está usted dispuesto á morir?—interrogué en son de broma.

—Siempre estoy listo. Cumpliré con mi deber—dijo más serio.

—Los periódicos lo maltratan por algunos cateos que ha practicado Ud. á últimas fechas. Dicen que es usted arbitrario.

—¡Inexactitudes! «El País» me calumnia. Es natural..... allí está su negocio..... si me alabáran..... no gustaría á la gente mala..... yo cumplo con mi deber—concluyó.

El carruaje se detuvo frente á la casa del General Martínez, cuando ya este caballero, su hijo y el jefe Político habían entrado, y el Coronel Cabrera penetró, ordenando al ayudante Galina «que me platicara mientras salía.»

Galina es mi amigo y para nada necesitaba la recomendación. Comenzó á platicarme largo y tendido, pero no sobre la revolución, que tanto me interesaba, sino sobre amores. El tema, sin embargo, era de los de mi gusto, y la charla fué animada por espacio de media hora.

Pita y Cabrera salieron y todos tres subimos al carruaje del segundo, quien ordenó al cochero:

—¡Al Palacio Penal!

Sin reservas hablaron delante de mí, enterándome entonces de que iban á recoger una orden del Juez para catear, esa misma noche ó la mañana siguiente, la casa de Aquiles Serdán.

Eran las ocho y media de la noche cuando llegamos al edificio donde se encuentran los juzgados. El jefe Político y Cabrera entraron para buscar al Juez, regresando minutos después sin haber lógrado su objeto. El funcionario á quien necesitaban, había salido.

—Regresaré más tarde—dijo Cabrera al señor Pita.

—Sí, la cosa no tiene remedió. Mientras, mande Ud. vigilar la casa.

—Así lo haré.

Despidióse el Jefe, y Cabrera y yo subimos nuevamente al carruaje, encaminándose á la Comisaría, donde Cabrera tenía su despacho.

Por el camino, me dijo que tenía escritas las memorias de su vida y como manifestara yo deseos de publicarlas, repuso:

—Se las daré á Ud., pero tiene que ponerlas en limpio—Son curiosas.... Veintitantos años de policía....

—¿Cuándo voy por ellas, Coronel?

—Cuando usted guste. Mañana mismo, si usted quiere.

"Mañana mismo".... ¡doce horas después Cabrera estaba muerto!

¿Qué fué de sus memorias? ¿Las conserva la viuda? ¡Quién sabe! Lo cierto es que serían interesantes....

Llegamos al cuartel y Cabrera, ya en su pieza, en confianza, me comunicó su plan para el día siguiente:

"Iré al amanecer, ya con la orden; catearé la casa de Serdán, donde no creo encontrar nada, y á eso de las ocho de la mañana, le mandaré á Ud, mi coche para que se paseé. Son buenos caballos y en cuanto al cochero... ha matado á más de dos por defenderme.... Es un buen muchacho".

Me ofreció una copa de cognac, diciendo que le simpatizaba yo por haberlo tratado bien en la prensa y por ser «parejo.»

—Ustedes, los periodistas, son buenos como amigos, pero de enemigos....

—Lo mismo que ustedes los de la policía, Coronel—agregué. Recuerdo que Villavicencio, siendo Comisario en México, me amenazó por un párrafo que le puse, y yo, muy tranquilo, le dije:—"No temo nada; ni soy ladrón, ni borracho, ni escandaloso. Le costará á Ud. trabajo fastidiarme". Y Villavicencio se hizo mi amigo. Los periodistas tenemos ciertas prerrogativas, coronel.

A eso de las once de la noche me despedí, encaminándome á un restaurant para tomar algún alimento, y poco después me recogía, tranquilamente, en un sencillo pero elegante cuarto del Hotel Pasaje.

Soñé que estaba en "El Riego".

Entre sombras

Un señor Arrioja ó Rojas, empresario de espectáculos, de casas para juegos y de otros negocios en que se versan fuertes sumas, ocupaba una de las viviendas altas de la casa habitada por Aquiles Serdán en la calle de Santa Clara, y la otra estaba alquilada á un español, apellidado Pérez, comerciante en abarrotes, quien tenía además, otra obscura vivienda de la parte baja, frente á la de Serdán, cuyas piezas, lóbregas y húmedas, atestaba de mercancías.

Arrioja ó Rojas era y es, según tengo entendido, amigo del gobierno de Puebla, y debe haber sido él quien participó á la policía ciertos detalles que la pusieron sobre aviso de que algo siniestro se preparaba.

Era natural.

El aludido, por sí ó por su familia ó servidumbre, debe haberse enterado de que á la casa de Serdán llegaban bultos conteniendo armas y cartuchos; paquetes que se recibían con muchas precauciones y con el más absoluto sigilo: dinamita ó proclamas revolucionarias. Calló por mucho tiempo, también debe ser cierto, pero, temeroso de que se le complicara en la combinación y temeroso también de que su familia sufriera algún perjuicio, se decidió á hablar—esto se me dijo—y habló, aunque no tan á tiempo como se hubiera deseado.

Alguien de su familia, creyó ver discurrir por los corredores á Serdán «ó á su espíritu,» cuando todos lo creían en San Antonio Texas. Alguien supo que la esposa de Serdán se ocupaba en conseguir veinte pesos para comprarlos de camotes y remitirlos al esposo, leader de Madero, á efecto de que aquel, realizándolos en los Estados Unidos, se hiciera de fondos para regresar.

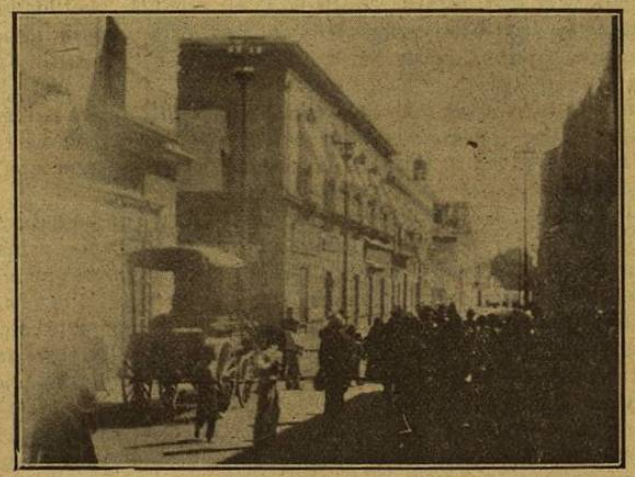
El que esto escribe tuvo en sus manos una carta en la cual Serdán, desde Texas, pedía á su esposa los camotes, diciéndole que estaba sin dinero y que el Jefe revolucionario no le daba con que salir de apuros. Y esa carta, que pudiera mostrarse en caso dado, quedó en poder del repórter Harold Brandon del «Mexican Herald,» á quien puede interrogarse sobre el particular.

Arrioja sabía más, seguramente, pero no quiso comprometerse y sólo dió el hilo para que la policía lo siguiera; y lo hizo no por espíritu de venganza, sino por librarse de la complicación á que necesariamente estaba expuesto si guardaba silencio más tiempo.

Si la voz de alarma la dá unos cuantos días antes, la revolución aborta quizá sin derramarse una sola gota de sangre.

Desgraciadamente, calló.

Pérez, español á quien había interesado la cuestión política; que se había enterado de la visita de Madero á Puebla; que sabía cuáles eran las ideas de su vecino Serdán, puesto que éste no hacía un secreto de sus doctrinas y muy al contrario, á orgullo tenía propalarlas, no pudo menos que



La multitud contemplando la casa Serdán.

enterarse, á tiempo, de algo de lo que preparaba el jefe del maderismo en Puebla; pero no pudo imaginar, porque para eso se requiere cierta inteligencia maliciosa, que allí, bajo sus plantas, sobre la madera en que descansaban su esposa y sus hijos, expuestos á morir, había grandes cantidades de pólvora y dinamita, millares de cartuchos, centenares de armas ..... ¡la revolución!

¡Ah, si lo hubiera sabido.....!

¡Pérez no olvidará, mientras le quede un resto de vida, las horas crueles que pasó más tarde!

El dice que notó ciertos movimientos sospechosos en la casa de Serdán la víspera de la refriega; asegura que pudo ver cómo entraban, sigilosamente, individuos de fea catadura á quienes antes no había visto. Agrega que notó ruidos extraños, como de cajas que se abren, metales que se golpean, pistolas que se amartillan....

Confiesa que sospechó que Serdán había regresado de su viaje y que algo siniestro se preparaba, pero no dió aviso á la policía ni á nadie. Ocultó sus temores y sólo tomó la providencia de salir de la casa con su esposa, sus criados y sus hijos, yendo á pasar la noche en la de una familia amiga, tal vez en un hotel, en donde pudiera conciliar el sueño tranquilo de otros días.

Y Rojas, sin ponerse de acuerdo, hizo lo mismo, saliendo con su familia para dormir en otra parte, porque ya imaginaba, quizás sabía que algo grave, muy grave y muy triste, iba á ocurrir en aquella casa.